

CARTA PASTORAL NÚMERO 8

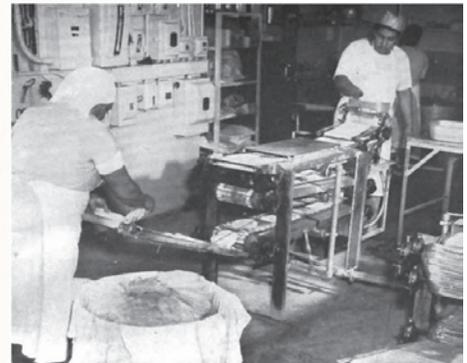
- La misión religiosa es un proyecto de la Iglesia católica que tiene la tarea específica de hacer labor social y presentar la Iglesia en comunidades adonde es difícil llegar.
- A principios del siglo XX, Colombia comenzaba su proceso de expansión demográfica, que necesitaba de la presencia de la Iglesia en todo el territorio. Monseñor Builes, llamado el primer obispo misionero de Colombia, inspirado por el Espíritu Santo, fundó un seminario de misiones para evangelizar. En esta pastoral, describe lo que es la misión.

2 de febrero de 1928

LAS MISIONES

Monseñor Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos

En esta época de los grandes inventos y de las grandes transformaciones del mundo de la materia, se está pensando muy poco en ese otro mundo que vino a salvar Cristo, el mundo de las almas. Con la velocidad del pensamiento, vuelan las noticias de uno a otro continente; para oír en Colombia los conciertos musicales de Estados Unidos, y en Norteamérica, los discursos de Ginebra y de París, no se necesita más que mover la llavecita de una máquina. Al igual que los cóndores andinos se levantan los aviones, señores de los aires, y en rauda vuelo atraviesan los océanos, desafían las más elevadas cumbres de nuestras montañas y burlan hasta la furia de las nubes tempestuosas, las que dejan en plano inferior para espaciarse tranquilamente en regiones altísimas y serenas adonde no han subido las águilas audaces.



El comercio se agita con fiebre delirante; las industrias y las artes adelantan en marcha vertiginosa; las locomotoras, los tranvías, los automóviles van con loco afán hasta los lugares más lejanos entonando con sus pitos y sus bocinas el himno del progreso. Sí, progresamos, pero ese progreso es meramente material y, como si un hado funesto obrara contra la vida sobrenatural de las almas, en la misma proporción en que se adelanta materialmente se va retrocediendo en el orden espiritual.

¿A quién se le oculta que el mundo se paganiza, pero no así a paso de tortuga, sino con la rapidez de la electricidad, rabiosamente, si se nos permite la expresión?

Sí, el mundo se paganiza; la generación que se levanta hoy difiere como el día de la noche de la generación que se levantaba hace cinco lustros. Entonces se tenía a Dios presente para todo, y su santo Nombre estaba en el alma y en el corazón de todos; hoy se van adueñando

de los individuos y de las sociedades el dios dinero y el dios placer. Entonces se pensaba en la eternidad y el recuerdo de los novísimos infundía pavor; hoy se piensa en la tierra no más, y, si se oye la palabra de Dios, esta produce en las almas el efecto del agua que cae o de la campana que retiñe. Entonces se tenía la noción perfecta de la obediencia y de la sumisión en el hogar; hoy, triste es decirlo, se ha infiltrado profundamente en el alma doméstica y social el espíritu de la soberbia y de la insumisión. Empero, no nos desanimemos del todo. En medio de esta barahúnda de los negocios temporales y de este ajeteo en que se revuelven los hombres, se alcanza a percibir una voz que clama, acaso en el desierto como la del santo Bautista, pero, que al fin y a la postre, clama y anima al trabajo. Es la voz de la Iglesia, es la voz de Jesucristo, perpetuada a través de las edades, que llama a los hombres al deber, diciéndoles que atesoren tesoros en el cielo, donde no alcanzan el orín y la polilla, que de nada sirve ganar todo el mundo si al fin se pierde el alma.

Tal vez el soplo de la civilización material haya llevado hasta muchos de esos pueblos paganos el oropel de sus grandezas. Entre tanto, el Espíritu de Dios no ha infundido en ellos sus hálitos vivificantes porque no ha habido quién los evangelice.

Pues, hermanos carísimos en nuestro Señor, es esto precisamente lo que quiere la Iglesia en este siglo del progreso, que haya misioneros por millares, que vayan hasta los últimos confines de la tierra a predicar el nombre de Cristo y a plantar en esas tierras paganas el estandarte de su gloriosa cruz, que, al igual del progreso material, vaya la luz de la fe derramando sus esplendores en las tierras infieles.

Nos habéis adivinado, hermanos muy amados, habéis visto ya que os vamos a hablar de las misiones, de ese objeto de nuestro cariño y de nuestro celo, y del celo y los cariños de mis muy amados diocesanos. Y así había de ser, ya que en los pobrecitos infieles tiene puestos sus ojos adorables con más amor que nunca el Divino Misionero Jesús; a ellos mira con tierna solicitud el actual pontífice, con ansiedad los contempla la Sagrada Congregación de Propaganda y Obispos y sacerdotes, lo mismo que millares de almas celosas. Todos ansían la conversión del mundo pagano.

¡El mundo pagano! Contemplémoslo, carísimos hermanos, a la luz de las estadísticas. Y ante el cuadro de dolor que aparecerá a nuestros ojos, movámonos a compasión y busquemos el modo de ejercer en su favor al apostolado que esté a nuestro alcance.

- I -

Este siglo es llamado *el Siglo de las Misiones* por el gran movimiento misional que se ha despertado desde sus comienzos; por eso hemos de confesar que, si se compara el estado actual de las misiones en el mundo con el pasado, es muy consolador; pero considerado en sí es desconsolador sobremanera.

Ved, en efecto, hermanos carísimos: desde España la conquistadora y Francia la piadosa; desde Italia y Bélgica y otros países católicos de Europa, van en alas de su celo los conquistadores de almas hasta la China y el Japón, el África y la Oceanía, y hasta Alaska y la Patagonia en los mundos inmensos descubiertos por Colón. Van en busca de las almas... Y con ellos van también esas almas angelicales que llamamos las hermanas, dedicadas unas al ministerio de la enseñanza y otras al más sublime todavía de la oración, con el fin único de salvar almas. Sus esfuerzos son inauditos, pero ¿qué han alcanzado hasta aquí? Muy poco.

Ved: hay en el mundo 1.700 millones de habitantes. De esos no hay sino 700 millones que conozcan más o menos bien el verdadero Dios. Mas estos 700 millones de creyentes no son todos católicos, pues de ellos 400 son protestantes y orientales; ¡católicos no hay sino 300 millones!

Al presentar esta estadística no os hablamos sino de los que yacen en la ignorancia absoluta del verdadero Dios, y ¡tenemos 1.012 millones! Oídlo bien: ¡mil doce millones de paganos! Hace 19 siglos que, pendiente de la cruz, ¡moría Jesús por los millones de almas esparcidas por el mundo! Y al cabo de 19 siglos no hay sino 300 millones de católicos y quedan envueltos en las sombras del paganismo 1.012 millones de hombres redimidos con la sangre de Cristo.

La actual vista de este cuadro de dolor es la que ha movido a nuestro pontífice a dar a la cristiandad esa preciosa encíclica que se llama *Rerum Ecclesiae*, en la cual se expresa así: "Bien habéis visto VV. Hermanos, desde los comienzos de nuestro Pontificado los resueltos que nos hallamos a no dejar piedra por mover, para facilitar a todos los pueblos infieles el único camino de salvación, poniendo en contacto a la infidelidad con la verdad evangélica hecha cada día más asequible por medio de los mensajeros apostólicos".

Y repite con los hechos las palabras apostólicas de su santo predecesor, Benedicto XV, en su encíclica *Maximum illud*: "Cual si aún repercutiese en nuestros oídos aquel *Duc in altura* dicho a Pedro por el Señor, a los ardorosos impulsos de nuestro corazón de padre, solo ansiamos conducir la humanidad entera a los brazos de Jesucristo".

Pío X había llamado la obra de la propagación de la fe "la más fecunda de las fundadas" por los católicos, teniendo como tiene por fin el ayudar a la Iglesia a cumplir el mandato recibido de su divino fundador: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes" (Mateo 28, 19).

León XIII declara: "La Iglesia ha recibido de Dios el poder de ensanchar cada día más el sitio de su tienda y de extender más sus pabellones". Al hablar así no hacía más que dilatar la acción comenzada por el gran Pío IX, de quien dice el periódico alemán *Las Misiones* que, en toda la serie de los pontífices romanos, ninguno hizo tanto por ellas como el gran Papa de la Inmaculada.

Con todo, otro Pío, el perseguido por la impiedad de principios del siglo pasado, el célebre Pío VII, dio su aprobación pontificia a la portentosa institución que se llama la obra de la Propagación de la Fe. Era el año de 1823; hace apenas un siglo y cinco años, y cuánto bien para las almas y cuánta gloria para Dios después de que la obra de la Propagación de la Fe, como lluvia copiosa, comenzó a regar el mundo.

Con este mismo fin había establecido Gregorio XV, desde 1622 por su bula *Inscrutabili*, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

Era que en el alma y los oídos de los vicarios de Cristo repercutían sonoras aquellas palabras de Nuestro Señor: "Id y enseñad". "Predicad el Evangelio a toda creatura". "El que creyere se salvará, el que no creyere se condenará".

Era que la figura dolorosa de Jesús agonizante, que clamaba con voz moribunda "Tengo sed de almas", movía las fibras más delicadas del alma de sus vicarios y ellos querían calmar la sed del divino Redentor dándole almas y más almas.

Esas mismas palabras de Jesús resonaron en Colombia en los oídos del nuncio de Su Santidad, allá por el año de 1924; reunió a todos los prelados de Colombia en un congreso de misiones para promover la propagación de la fe y dilatar la acción misional en nuestra amada patria y, cuando estábamos apenas en los albores de nuestro episcopado, nos cupo la felicidad de tomar parte en esa notable asamblea.

Varias conclusiones importantísimas de aquel congreso debemos recordar hoy, hermanos nuestros: "Establecer en todas las diócesis la obra de la Propagación de la Fe y celebrar anualmente en todas las parroquias su fiesta con predicación sobre ese tema".

Las otras conclusiones, referentes a los seminarios de misiones, son: "Trabájese con la mayor eficacia para que muy pronto se puedan erigir, en los parajes de misiones o donde estime más conveniente el jefe de cada una de ellas, colegios o seminarios de misioneros, en donde los sujetos que se encuentren con vocación a tan excelente ministerio se instruyan bajo la dirección de buenos profesores en el modo de ejercerlo fructuosamente...".

"Así mismo alaba y recomienda (el Primer Congreso Nacional de Misiones) las instituciones que, como la Obra de los Seminarios y las Escuelas Apostólicas, tienen por objeto la formación de misioneros".

Busca con esto el primer congreso misional de Colombia los medios para salvar la multitud ignorada de salvajes que vegeta en las selvas vírgenes de nuestra amada patria. Es verdad que entre las naciones del nuevo continente, merced a la protección de los gobiernos católicos del país, es Colombia la que más ha avanzado en la obra de las misiones, pero cuánto nos falta por hacer. Id con los ojos del alma a los Llanos de San Martín y Casanare, a las selvas inmensas del Caquetá y del Putumayo; subid hasta las sierras de La Guajira y desde allí contemplad las islas de San Andrés y Providencia, las extensas comarcas inexploradas del Pacífico y de Tierradentro, de Arauca y del Vaupés, del Chocó y del Sinú, de las incultas extensiones de Urabá y, en fin, con espíritu misericordioso, contemplad la miseria espiritual y hasta material de los que habitan las laderas de nuestros grandes ríos...

Nadie ha podido saber cuántos salvajes y semisalvajes vegetan en esas selvas sin fin, aunque en La Guajira los PP. Capuchinos gastan su vida buscando indígenas, los PP. Lazaristas, en Arauca y Tierradentro; los Agustinos, en San Martín y Casanare y en las costas del Pacífico; los Hijos del Corazón de María, en el Chocó; los PP. Montfortianos, en el Vaupés; los Carmelitas, en Urabá; los Misioneros del Seminario de Burgos, en el Sinú y los PP. jesuitas, en las laderas del Magdalena y el Cauca.

Solo sabemos que hay centenares de miles de paganos que no conocen a Dios y centenares de miles de semisalvajes que le conocen a medias y no esperan sino que aparezca ante sus ojos la verdad para abrazarla y salvarse. Muy floreciente es el estado de las misiones en nuestra patria, si se le compara con las demás naciones; pero considerado en sí, ¡cuántos operarios faltan en la viña del Señor!

– III –

Echemos ahora una ojeada sobre nuestra amada Diócesis. Más de la mitad es tierra de misiones: tres grandes ríos la riegan en grandes extensiones; trece caseríos en las laderas e inmediaciones del Cauca pesan sobre los hombros de un solo sacerdote, cuando seis apenas podrían sobrellevar el peso del ministerio y las inclemencias del clima. Otros tantos sobre las riberas del Nechí cargan sobre los hombros de un solo sacerdote misionero. Más allá, hacia el oriente, donde se extiende la majestuosa cinta amarilla del Magdalena, siete caseríos, fuera de los que se esconden entre la selva ignota en dirección de Remedios y Segovia, carecen de auxilio espiritual porque la mies es mucha y los operarios pocos.

Allá en el occidente, de pie sobre la enhiesta cumbre de la cordillera occidental, observad una extensión aún no medida, límite con las prefecturas de Urabá y el Sinú, llena de rancherías y bohíos que se pierden entre el verdor de aquellas selvas milenarias. Es verdad que hay varios sacerdotes que trabajan como titanes en tan extensa comarca; pero, repetimos, ¿qué son cuatro o seis sacerdotes para tanta gente como habita desde Sabanalarga y Peque hasta Antadó, Santa Rita y el Aro, y de aquí hasta la vertiente donde nacen el Tarazá y el Man? Con todo, un horizonte cargado de risueñas esperanzas se dibuja en lontananza y nuestra alma se colma de ilusiones.

Con la aprobación de nuestro santísimo pontífice Pío XI, alma eminentemente misionera, se ha abierto desde julio del año pasado y funciona, este año con 40 alumnos, un seminario de misiones en la ciudad de Yarumal. Dentro de diez años, hemos de ver, porque tenemos puesta nuestra confianza en Dios, salir las primicias de este semillero de misioneros, quienes empezarán su obra de evangelización por su propia patria, para cumplir los deseos del Santo Padre, quien, al dar su aprobación al Excmo. Sr. Nuncio, le dijo: "*Caritas bene ordinata incipit a semetipso*. La caridad bien ordenada empieza por sí mismo, y que esos misioneritos ayuden a evangelizar a Colombia primero; después irán a buscar otras almas". Colombia, América toda, la China, el Japón, la India, el África, el mundo entero... He ahí a donde dirigen sus miradas los futuros misioneros de Yarumal.

– IV –

Oigo que me preguntáis: ¿cuáles son los medios más eficaces para ayudar a la obra de las misiones? Nada tengo que contestaros, pues me basta transcribiros en sustancia las palabras de Pío XI en su encíclica *Rerum Ecclesiae*. Son:

• **La obra de la Propagación de la Fe**

Esta obra ha de ser primera entre todas por ser la que, por su carácter, historia, frutos y nueva organización romana, mejor responde a las múltiples y urgentes necesidades de todas las misiones.

No hay excusa, ni siquiera la pobreza de los propios feligreses, que justifique el abandono de esta obra.



• **La obra de la Santa Infancia**

Sigue a la primera, como su hermana menor, la obra tan popular y conocida entre nuestros niños cuyo fin es noble: salvar y cristianizar con oraciones y pequeñas cuotas a tantos niños destinados a la muerte o al abandono, y también formar clero indígena.

• **La obra de San Pedro Apóstol**

Su fin tiende a formar clero indígena. Acabamos de darle por patrona, por su amor a los misioneros y su influencia ante Dios, a santa Teresita del Niño Jesús, que creemos será la mejor garantía de sus futuros éxitos.

Tales son las obras que, por ser pontificias y por sus fines universales y muy de nuestro corazón, reclaman preferentemente la ayuda de todos los prelados católicos.

Oíd todavía: la *oración* es medio efficacísimo de apostolado; rompe las nubes y el corazón de Dios y se trueca en lluvia de gracias; el *sufrimiento*, sobrellevado por las misiones, las mortificaciones voluntarias autoras son de conversiones; la *palabra* prepara y enciende los corazones en celo por las almas; la *limosna*, que ayuda a los ingentes gastos de la salvación de los infieles y, en general, a la obra de las misiones.

Oh amadísimos sacerdotes y fieles de nuestra Diócesis, el apostolado es un deber que todos tenemos para con Dios, que nos pide le ayudemos a salvar las almas; para con nuestro prójimo, que, desde las selvas y el abismo de tinieblas en que yace, nos tiende las manos suplicantes en demanda de salvación. Es un deber de justicia, porque se encuentran ellos, nuestros hermanos, en una necesidad gravísima de proyecciones eternas y nos toca a nosotros remediarla. Todos podéis ser misioneros ejercitando el triple apostolado de la oración, el holocausto y la limosna.

Socorred con vuestra generosidad a los seminaristas misioneros, quienes irán después en vuestro nombre a predicar el Evangelio por el universo mundo, y tendréis el consuelo de haberles ayudado a salvar las almas, asegurando la salvación de la vuestra, según aquello de san Agustín: *Animam salvasti? Animam tuam praedestinasti*, lo que quiere decir: "¿Alcanzaste la salvación de una sola alma?, pues aseguraste tu propia salvación".

Esta pastoral será leída en dos domingos consecutivos, después de su recepción, a la hora de las misas, en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada en nuestro palacio, firmada por nos, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro secretario el día 2 de febrero de 1928, fiesta de Nuestra Señora de La Candelaria.

Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos